

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Por CAYETANO MIRÓ VALLS

Del desasosiego de un título

Al encontrarme a solas con el título propuesto para la Monografía que se había encomendado realizar al grupo, del que me otorgaron el privilegio de ser su presidente: «La guerra posheroica: la transformación del paradigma militar», como primera medida consulte las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, de muy reciente edición (7 de febrero de 2009) para determinar que «ordenaban» –como su nombre indica– a los militares sobre el heroísmo en caso de guerra, puesto que como se dice en su preámbulo:

«Conforman un código deontológico, compendio de los principios éticos y reglas de comportamiento del militar español.»

La búsqueda concluyó rápidamente puesto que la palabra «guerra» no aparece (si conflicto armado y operaciones de combate) y héroe tan sólo aparece en el artículo 21 cuando hace mención a la tradición militar en los Ejércitos, y dice:

«Los miembros de las Fuerzas Armadas se sentirán herederos y depositarios de la tradición militar española. El homenaje a los héroes que la forjaron y a todos los que entregaron su vida por España es un deber de gratitud y un motivo de estímulo para la continuación de su obra.»

No encontré más citas ni al héroe ni al heroísmo. Tan sólo el homenaje –por deber de gratitud– a «los que fueron»... puesto «que la forjaron»

(¿a la tradición militar? ¿A España?), y por ser motivo de estímulo para la continuación de su obra.

¿Será ciertamente una milicia de la que no se espere el heroísmo en caso de guerra, ¡perdón!, de conflicto armado?

Puesto que el Real Decreto deroga varios artículos (1) de las anteriores Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas (Ley 85/1978, de 28 de diciembre), acudí a ellos buscando alguna mención al heroísmo. Efectivamente, el derogado artículo 122 decía:

«El valor, la acometividad, la serenidad y el espíritu de lucha son cualidades que ha de poseer el buen combatiente, sobre ellas las virtudes militares forjaran el heroísmo de los que arriesgan su vida por la Patria.»

Por ello, volví a las actuales Ordenanzas en búsqueda de algún artículo similar al derogado, encontrando en el artículo 89 –«Cualidades del combatiente»– al que parecía ser el heredero del antiguo artículo 122. Dice así:

«La moral de victoria, el valor, la acometividad, la serenidad y el espíritu de lucha son cualidades que ha de poseer todo combatiente.»

O sea, como antes exige las cualidades a todo combatiente, pero omite que sobre ellas «las virtudes militares forjaran el heroísmo de los que arriesgan su vida por la Patria». ¿No gustó la palabra heroísmo a los redactores de las actuales Ordenanzas?

Y me pregunté: ¿Será la Ley 39/2007 de la Carrera Militar, de 19 de noviembre, la que haga cita a heroísmo? Y busqué en ella cualquier posible cita a guerra, heroicidad, héroe.

Las únicas veces que aparece la palabra guerra es en la disposición adicional segunda, al citar la Cruz de Guerra y en la adicional undécima al citar al Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria. Ni una palabra sobre héroes o heroísmo. Parece asentarse la respuesta afirmativa a mi pregunta anterior: ¿Será ciertamente una milicia de la que, en caso de guerra, ¡perdón!, de conflicto armado, no se espere el heroísmo?:

(1) Artículos derogados: 1 al 4, 6, 10, 14 al 19, 25, 27, 30 al 33, 35 al 48, 51 al 58, 65 al 78, 80 al 83, 85, 86, 88 al 167 y 191 (que en virtud de la disposición transitoria duodécima de la Ley 39/2007 de la Carrera Militar, de 19 de noviembre, dejaron de tener el carácter de Ley para tenerlo de Real Decreto).

Al ser las Recompensas Militares parte de esta Ley (disposición adicional segunda) y citar en primer lugar, como debe ser, la Cruz Laureada de San Fernando, acudí a la legislación sobre tan alta distinción en busca de la palabra «héroe». Por cierto, que en la exposición de motivos del Real Decreto 899/2001, de 27 de julio por el que se aprobó el último y vigente Reglamento de la Real y Militar Orden de San Fernando, se afirma:

«Constituyen principios del Reglamento que aprueba este Real Decreto: el de reafirmar el carácter de primera Orden Militar española de la Real y Militar Orden de San Fernando; mantener inalterada su finalidad; revitalizarla; adaptar la terminología y léxico del Reglamento al Derecho vigente y a las definiciones admitidas y utilizadas internacionalmente; y designar los diversos tipos de conflictos armados y operaciones militares que pueden dar lugar a la concesión de las recompensas que se regulan.»

Mi ánimo se reconfortó, puesto que encontraba un texto moderno, adaptada su terminología y léxico a Derecho vigente, con definiciones admitidas y utilizadas internacionalmente y que ampliaba el espectro de conflictos armados y operaciones militares. Por ello, comencé a leer con avidez... y tan sólo empezar... tuve que detenerme, pues en su artículo 1 ya comenzó a satisfacer mi necesidad:

«La Real y Militar Orden de San Fernando, primera Orden española de carácter militar, tiene por objeto honrar el reconocido valor heroico y el muy distinguido, como virtudes que, con abnegación, inducen a acometer acciones excepcionales o extraordinarias, individuales o colectivas, siempre en servicio y beneficio de España. Dichas acciones tendrán tales consideraciones cuando se produzcan durante intervenciones de sus Fuerzas Armadas, o cuando éstas participen en misiones de fuerzas multinacionales, bajo mandato de organizaciones internacionales o alianzas de las que España forme parte.»

Tan sólo tuve que avanzar hasta el artículo 13 para encontrar la piedra filosofal:

«El valor heroico es la virtud sublime que, con relevante esfuerzo de la voluntad, induce a acometer excepcionales acciones, hechos o servicios militares, bien individuales o colectivos, con inminente riesgo de la propia vida y siempre en servicio y beneficio de la Patria o de la paz y seguridad de la comunidad internacional.»

«El valor muy distinguido es la virtud que, sin llegar a tener la consideración de valor heroico según se define en el apartado anterior, sobresaie muy significativamente del valor exigible a cualquier militar en el desarrollo de operaciones armadas, llevando a acometer acciones, hechos o servicios militares, individuales o colectivos, de carácter extraordinario que impliquen notables cambios favorables y ventajas tácticas para las fuerzas propias o para la misión encomendada.»

Conviene recordar aquí, o descubrir para algunos, que la estatua que preside la escalera principal de los jardines del palacio de Buenavista, sede del Cuartel General del Ejército, simboliza «El Valor», que según la Real Academia de la Lengua es:

«La cualidad del ánimo, que mueve a acometer resueltamente grandes empresas y a arrostrar los peligros.»

La Cruz Laureada de San Fernando, máxima recompensa militar de España recompensa el valor heroico y la Medalla Militar, recompensa militar ejemplar, recompensa el valor muy distinguido. Los reversos de los Collares del Soberano y del Gran Maestre, así como de las Medallas Pectorales de la Real y Militar Orden de San Fernando llevan en campo de oro, la fecha: «1811» y la inscripción en oro: «España a sus héroes». Me movió de forma inmediata la curiosidad por la fecha: «1811».

Por el Decreto número LXXXVIII de 31 de agosto de 1811 de las Cortes de Cádiz se crea la Orden Nacional de San Fernando, para «establecer en los premios un orden regular» haciendo que:

«Sólo el distinguido mérito sea convenientemente premiado y que nunca pueda el favor ocupar el lugar de la justicia.»

En este Decreto se prevé que en la insignia de la Cruz conste la corona de laurel a partir de la segunda acción heroica.

La iniciativa de la creación de la Orden quedo esculpida en una lapida de mármol blanco e ismaelita con un bajorrelieve de un ramo de olivo depositado sobre la bandera de España, plena de corbatas de honor que por iniciativa de la Real Academia Hispano-Americana, se descubría sobre la puerta de la iglesia de San Felipe Neri de Cádiz el 12 de octubre de 1916, en la que se lee:

«Homenaje de los caballeros de la Real y Militar Orden de San Fernando a las Cortes de Cádiz y a su diputado suplente por Buenos Aires teniente coronel de Infantería don Luis de Velasco que en la

sesión de 27 de enero de 1811 inició la creación de la Orden Nacional de San Fernando instituida por el Decreto LXXXVIII de 31 de agosto de 1811.»

Don Luis de Velasco, teniente coronel de Infantería, era diputado por la Argentina en la Cortes Constituyentes de 1812, y solicitó la creación de una Orden que premiase los heroísmos en pro de la patria española.

No pudo tener un origen más democrático y liberal que el que le dio su cuna: las Cortes de Cádiz, que redactarían la primera Constitución española y tal vez la más antigua escrita de todas las democráticas. Por Real Decreto de Su Majestad el Rey Don Fernando VII, de 28 de noviembre de 1814, fue refrendado la Orden cambiando su denominación inicial por la de Real y Militar Orden de San Fernando, que fue reformada en 19 de enero de 1815.

El vigente Reglamento de la Real y Militar Orden de San Fernando determina explícitamente que la acción, hecho o servicio que puede ser merecedora de la Cruz Laureada de San Fernando ha de implicar un valor heroico tal como se ha definido anteriormente y tener la consideración de excepcional, para lo cual debe cumplir unos requisitos indispensables y de aplicación general (2).

Puedo afirmar que mi estado de ánimo se serenó. No había sido tarea fácil encontrar la vigencia del concepto héroe en cuanto se dispone sobre las conductas que debe tener de forma permanente y que puede

(2) «Que tenga lugar en momentos críticos y difíciles para el desarrollo de la acción militar, bien por la manifiesta inferioridad del interesado o de las fuerzas bajo su mando, bien por las circunstancias excepcionales de la situación y habiendo tomado las medidas necesarias para obtener el mayor rendimiento de la acción con el mínimo número de bajas y los menores daños materiales, incluso en el caso de que cumpliendo órdenes, o por circunstancias tácticas, se llegue deliberadamente al sacrificio propio, o al de sus fuerzas si se tiene mando, produzca excepcionales cambios favorables y señaladas ventajas tácticas para las fuerzas propias o para la misión encomendada, no estando originado, como único impulso, por el propósito de salvar la vida, o por la ambición impropia y desmesurada que pueda conducir al interesado, o a las fuerzas de su mando, a un riesgo inútil o excesivo, suponga una superación excepcional del deber, al implicar significativos sacrificios y riesgos, incluso perder la propia vida, siendo el primero en realizarla, habiendo otros que, también, podrían haberlo llevado a cabo.» Asimismo, se tendrá en cuenta que las acciones, hechos o servicios, valorados de acuerdo con lo establecido en el presente artículo, podrán ser realizados como consecuencia de misiones ordenadas por el mando, o por propia iniciativa del autor, si las circunstancias le tuvieran aislado y considerara obligado intervenir.

alcanzar en determinadas acciones bélicas, siendo éstas el foco de los desvelos de los estudios y dura preparación para llegar a tener como parte de su trabajo, por juramento o promesa, entregar hasta la última gota de su sangre.

No se puede decir a un soldado que estará en un teatro de operaciones en disposición de realizar, obedeciendo, acciones en las que no tan sólo arriesga su vida, sino que en algún caso (los menos, Dios lo quiera) deberá estar dispuesto a entregarla. No se puede decir, digo, a un soldado desplegado ni a nadie de su retaguardia, amplío, que esta acción bélica (esta guerra, sea con mayúsculas, sea con minúsculas, sea camuflada de operación, de misión, etc.) es posheroica. Él o ella, y todos a los que representa, deben saber que entre los pliegues de su uniforme están los armazones de un héroe, de una heroína.

De proponer un cambio en el título

Por todo ello, fue tomando cuerpo la idea de proponer un cambio en el título de esta Monografía, más siendo un trabajo que forma parte de las actividades del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional. No concibo la yuxtaposición de las palabras «guerra y posheroico».

Toda decisión, debe dejarse madurar un tiempo y aprovecharlo para confrontarla con varias «piedras de contraste».

Así, la siguiente especulación sobre el posheroísmo creí que debía hacerla en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, pues tal vez al definir héroe, o heroísmo, podría encontrar alguna cita a su situación actual, es decir: caducada (puesto que al ser pos... podría ser que sólo lo tratara como una antigualla) o un atributo de seres de ficción (ya sea de la mitología, ya sea de la novela épica, ya sea de la cultura del cómic que los eleva súper héroes).

Define héroe como:

«Varón ilustre y famoso por sus hazañas (siendo hazaña la acción o hecho, y especialmente hecho ilustre, señalado y heroico) o virtudes», y como «hombre que lleva a cabo una acción heroica». Y define heroína como «mujer ilustre y famosa por sus grandes hechos, y como «mujer que lleva a cabo un hecho heroico». Diciéndose heroico/a «de las personas famosas por sus hazañas o virtudes, y, por extensión, también de las acciones», definiendo tiempos he-

roicos como «aquellos en que se ha hecho un gran esfuerzo para sacar adelante una cosa.»

Por supuesto que también habla de personajes de la mitología y de la literatura épica. Si nuestros más reconocidos guardianes de la lengua determinan la contemporaneidad de los conceptos que expresan las palabras: ¿Cómo es posible que en nuestro léxico puedan haber aparecido dos palabras yuxtapuestas, una de elevado valor moral, ético... (lo que queramos pero de elevado rango), precedida por un pos que la relega a algo caduco, antiguo, demodé? Es más... y que aparezca al hablar de guerra, circunstancia en la que no es hipotético el riesgo para aquellos que están en el teatro de operaciones, frente a un contrario, que sin ser su enemigo personal, personifica la voluntad contrapuesta a la que su gobierno le ha mandado defender, junto a un grupo de otros como él, unidos por unos lazos afectivos, ¡sublimes en los casos extremos!, de forma que darían la vida el uno por los otros que, en estos dramáticos momentos, constituyen la auténtica materialización de la Patria.

Se consolida mi decisión: no puede hablarse de guerra posheroica. ¿Será la cultura de nuestra civilización la que es posheroica? ¿Será la vida posheroica? Existen las palabras, pero ¿se usan actualmente? ¿Han quedado para los cómics de personajes de ficción, que generalmente son «superhumanoides»?

¡Pues sí!... se usan en la vida real. Efectivamente, nuestros actuales altos dignatarios no han borrado de su vocabulario la palabra héroe para ensalzar a quienes han llevado a cabo hechos ilustres, o han demostrado virtudes que le han hecho ilustre.

Así, según noticia de la Agencia EFE de 18 de abril de 2010, la señora ministra de Defensa, presidiendo el acto de despedida de féretros con los restos mortales de los cuatro militares españoles fallecidos en un accidente de helicóptero en Haití celebrado a bordo del buque Castilla, los calificó de «héroes», y recordando que, desde que se puso en marcha la misión, han participado unos 300 cooperantes, se han utilizado 27 aviones, se han repartido unas 200 toneladas de ayuda y se han invertido más de 100 millones de euros, dijo:

«Ahora hay que añadir a esta lista de generosidad y entrega la vida de cuatro compañeros, de cuatro marinos españoles.»

El señor presidente del Gobierno el día 22 de febrero de 2011, durante el discurso que pronunció en el acto de imposición de la Medalla

de la Orden al Mérito Constitucional a los miembros de la Comisión de Secretarios de Estado y Subsecretarios del día 23 de febrero de 1981, dijo:

«Sí, deberíamos tener, a veces, menos pudor como país a reconocer y a ensalzar a quienes han prestado en favor de todos grandes servicios cívicos. En esta ocasión... contenemos este pudor para honrar como se merecen a nuestros “héroes de la transición”, si me permiten acudir a esta figura que con tanta naturalidad se ha utilizado para referirse a los “héroes de guerra” en los que las naciones suelen personalizar los valores con los que quieren identificarse.»

El 20 de abril de 2008 el papa Benedicto XVI rezó en la zona cero de Manhattan (Nueva York) por la «paz» de los fallecidos así como de las familias afectadas por los atentados del 11 de septiembre de 2001. El Papa pidió un momento de reflexión para la memoria de los fallecidos en los atentados:

«Pedimos en Tu bondad que concedas luz eterna y paz para todos los que murieron aquí, a los héroes que respondieron los primeros: a los bomberos, los agentes de Policía, los efectivos de los servicios de emergencia, el personal de la autoridad portuaria; así como todos los hombres y mujeres inocentes, víctimas de esta tragedia simplemente porque trabajaban aquí el 11 de septiembre de 2001.»

En algunos casos se utiliza la palabra héroe para calificar a ilustres, a celebridades y a víctimas por azar dentro de un ambiente de riesgo. En otros, a quienes se han hecho ilustres y célebres por el extraordinario valor consciente demostrado ante situaciones adversas.

Y si los hechos son como son... parece que no estamos en una civilización posheroica pues se reconoce la heroicidad, se reconocen héroes. ¿Será que sólo en el ámbito civil? ¿Será que nuestra cultura no se prevé acciones militares en las que se puedan producir hechos heroicos? ¿Qué clase de guerra –operación militar en terminología actual– concibe nuestra civilización?

Creí indispensable estudiar sucesos civiles y de carácter bélico acaecidos durante la segunda mitad del siglo XX y analizar como habían podido influir sobre la concepción del heroísmo en las acciones militares por la sociedad llamada occidental.

Los síndromes y traumas de los años cincuenta a los setenta

Dos empeños bélicos –separados por una década el fin de la primera del inicio del segundo– desarrollados durante la llamada guerra fría, en un mundo bipolar y en las vecindades del «gigante chino», tuvieron unas características políticas y militares muy distintas de las que tanto las tropas, como las sociedades occidentales, habían experimentado durante las guerras de la primera mitad del siglo XX.

La guerra de Corea librada desde junio de 1950 –cuando las tropas norcoreanas cruzaron el paralelo 38 y avanzaron hacia el Sur, arrasando prácticamente a las fuerzas surcoreanas– hasta julio de 1953. La ausencia del delegado soviético en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, facilitó una resolución, dando mandato a Estados Unidos, para ponerse al frente de un ejército que hiciera frente a la agresión norcoreana.

Las tropas multinacionales de la Organización de Naciones Unidas, en la práctica el Ejército norteamericano al mando del general MacArthur, recuperaron rápidamente el terreno perdido y el 19 de octubre tomaron Pyongyang, la capital de Corea del Norte. Tropas chinas, con importante apoyo militar soviético, penetraron en Corea haciendo retroceder al Ejército norteamericano. El 4 de enero de 1951, las tropas comunistas tomaron Seúl, mientras que en el flanco oriental, varias unidades de marines estadounidenses lograban expulsar hacia el norte a las fuerzas chinas. El general MacArthur se manifestó partidario de extender la lucha más allá de la frontera con China, aún con el riesgo de verse implicados en una guerra con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Consideraba que era la ocasión propicia para derrotar definitivamente al comunismo, y hasta llegó a planear la utilización de un ataque atómico si la situación así lo requería. Tanto el presidente Truman como la mayoría del Congreso desestimaron la opción, considerando que podía llevar al enfrentamiento nuclear con la URSS. A pesar de la oposición republicana, Truman relevó en el mando al general MacArthur por el general Ridgway.

Tras la detención y derrota de las ofensivas chinas de marzo de 1953 y de unas difíciles negociaciones, el 27 de julio de 1953 se firmó el armisticio en la localidad de Panmunjom, quedando el paralelo 38 como línea de separación entre las dos Coreas, creando una «zona desmilitarizada» flanqueando al paralelo. Prácticamente la misma situación territorial que existía antes de la guerra. No se firmó ningún tratado oficial de paz entre

ambas Coreas, por lo cual los problemas que generaron la guerra no quedaron solucionados.

Además de la devastación, y las grandes cifras de víctimas civiles y de desplazados, el costo de la guerra en vidas fue muy alto en ambos bandos, acercándose a los 90.000 en el bando sur y doblando la cifra en el bando norte. En general, la opinión pública de Estados Unidos desaprobó la participación en una guerra que había ocasionado la pérdida de vidas de compatriotas –que se evalúa entre cuatro y cinco decenas de miles– y cuyo resultado estimó inútil al no haber alcanzado una victoria militar contundente.

En el año 1999 tomó cuerpo un «fantasma» de aquella guerra. Charles Hanley publicó la historia de la llamada masacre de No Gun Ri, pueblo de Corea del Sur, según la cual en julio de 1950 soldados norteamericanos dispararon y mataron a varios cientos de desplazados surcoreanos que cruzaron sus líneas escapando del avance de las tropas del norte refugiados, ante la suposición de que soldados norcoreanos de paisano podían camuflarse entre ellos. El año 2000 se concedió el Premio Pulitzer a Charles Hanley por su historia y en enero de 2001 el presidente Clinton emitió una declaración de pesar:

«On behalf of the United States of America, I deeply regret that Korean civilians lost their lives at No Gun Ri in late July, 1950...»

Cuando en el año 1954 se firmaron los Acuerdos de Ginebra en los que se aprobaba la independencia de Laos, Camboya, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur, incluyendo una cláusula según la cual debería celebrarse un referéndum en el año 1958 en el que se decidiría sobre la separación o reunificación de ambos Vietnam, a buen seguro no se tenía una certeza sobre la estabilización de la zona, como tampoco nadie intuir la enorme repercusión que cuanto ocurriría en zona tendría en la segunda mitad del siglo e incluso en el XXI. No fue sólo la guerra del Vietnam el motivo de la muchas corrientes evolutivas de la sociedad de los años sesenta y setenta, pero sí el catalizador de lo que me atrevo a llamar «la conmoción de la época de la guerra del Vietnam».

El 2 de noviembre 1963 tuvo lugar el golpe de Estado en Vietnam del Sur que acabó con la vida del presidente Dien, quien a su vez, antes de realizarse el previsto referéndum del año 1958, se había hecho con el poder mediante un golpe de Estado y había anulado los comicios. La constante presión de Vietnam del Norte y la corrupción del régimen de Dien habían dado lugar a la creación de un movimiento de resistencia contra su régi-

men dictatorial denominado Frente Nacional de Liberación de Vietnam, más conocido como Vietcong, que inició su lucha de guerrillas en el año 1960 contando con la ayuda de Vietnam del Norte en forma de entrega de suministros y armas.

Estados Unidos, que mantenían asesores en la zona desde el inicio del conflicto en Indochina, por decisión del presidente Kennedy –que había accedido a la Presidencia el 20 de enero de 1961– aumentaron el número de asesores hasta llegar a unos 20.000 para instruir al Ejército de Vietnam del Sur en tácticas, mantenimiento de aviones y helicópteros, y otras funciones auxiliares; pero no tenían autorización para intervenir en los combates y mucho menos para preparar acciones contra los guerrilleros

El 22 de noviembre de 1963 fue asesinado el presidente Kennedy, siendo sucedido por el entonces vicepresidente Lyndon B Johnson. El 2 y 4 agosto de 1964, tuvieron lugar los incidentes del golfo de Tonkín. El día 5 de agosto, el presidente Johnson ordenó el ataque de la flota norvietnamita por aviones procedentes de los portaaviones Tinconderoga y Constellation. A solicitud del presidente, el Congreso aprobó la resolución del golfo de Tonkín que conferiría plenos poderes para que los asesores presentes en Vietnam realizaran operaciones fuera del recinto de sus bases, además de poder incrementar la presencia militar en ese país. A principios de marzo de 1965 desembarcaron en la base de Da Nang los 3.500 marines que se unirían a los 22.500 asesores que ya servían en Vietnam. Aproximadamente el 60% del país estaba en poder del Vietcong y no había expectativas de un cambio en la tendencia porque la iniciativa en los combates era de los guerrilleros y los soldados del Norte.

No es este el espacio para describir las diversas estrategias, tácticas o eventos que se sucedieron durante 10 años en los escenarios del conflicto, hasta que el 27 de enero de 1973 las delegaciones de Vietnam del Sur, norvietnamita, estadounidense y del gobierno provisional de la República de Vietnam del Sur (Vietcong) firmaron los Acuerdos de Paz de París el 27 de enero de 1973, pero considero que si es adecuado citar las grandes convulsiones sociales que fueron coetáneas, unas veces consecuencia de la guerra, otras que encontraron en la guerra un argumento muy válido para afirmar su ideología:

– Las pérdidas humanas estadounidenses alcanzaron la cifra de 57.600, además de ser más de 153.000 los heridos. En el momento del acuerdo de alto al fuego había 587 prisioneros de guerra entre militares y civiles, los cuales fueron posteriormente liberados en su totalidad.

- *El trato a los ex combatientes. Los soldados que regresaban de Vietnam heridos física y moralmente, no se sintieron bienvenidos en su patria, ni recibieron tratamiento de héroes. Muchos pasaron grandes dificultades para conseguir trabajo y readaptarse a la vida familiar. Según datos del Departamento de Veteranos, medio millón de ellos sufrían problemas psicológicos relacionados con las experiencias de la guerra.*
- *Los objetores y desertores. Entre los años 1964 y 1975 de un grupo aproximadamente de 26 millones de americanos en edad de cumplir el servicio militar, 9,2 millones lo cumplieron y unos 3,5 millones lo hicieron en Vietnam. De los casi 16 millones que no cumplieron el servicio militar activo, un 96% estaba o bien exento (por lo general debido a los puestos de trabajo de interés nacional diferentes al servicio militar), o bien con prórroga (por lo general por razones de estudios), o bien no eran útiles (por lo general por deficiencias físicas y mentales, pero también estar procesados: unos 500.000 por prófugos). De estos últimos menos de 10.000 fueron condenados. Unos 100.000 huyeron del país.*

Durante la campaña presidencial del año 1968, el presidente Nixon prometió poner fin al reclutamiento, considerando que finalizar con la conscripción era una forma efectiva para debilitar el movimiento contra la guerra de Vietnam, al creer que los jóvenes dejarían de protestar contra la guerra una vez que desapareciera su probabilidad de tener que luchar en ella. Ya presidente, se incrementó la paga militar como un incentivo para atraer voluntarios, y se potenció la publicidad del Ejército en televisión. En junio de 1973, con la incorporación a filas los nacidos en el año 1952, acabó el servicio militar obligatorio. Recordemos que el Acuerdo de París se firmó el 27 de enero de 1973:

- *El movimiento contracultural hippie nacido en Estados Unidos: a finales de la década de los años sesenta constituía una corriente juvenil masificada. En desacuerdo con los valores tradicionales de la clase media, de la burguesía y de la burocracia, amantes de adoptar un modo de vida comunitario, basado en el amor y la paz, renegaban del nacionalismo y de la regulación estatal, así como de la mercantilización y burocratización de la vida cotidiana, del consumismo y del capitalismo. La causa que llevó a muchos hippies a entrar en la protesta social fue la guerra del Vietnam.*
- *El llamado «verano negro» del año 1967: que hizo tambalear a la gran potencia. Los disturbios de ese verano contra el racismo y la discriminación en ciudades como: Nueva York, Chicago, San Francisco, Detroit y Los Ángeles, entre otras dejaron una marca imborrable en la sociedad norteamericana tradicionalista.*

- *La revolución musical que supuso para la juventud la aparición de nuevos grupos, de los macroconciertos y de la canción protesta, cuyo rostro más popular de la música folk y de protesta entre los años 1962 y 1964 fue Joan Baez, conocida como La reina de la canción protesta. Fundó el Instituto para el Estudio de la No-Violencia en Palo Alto (California) en el año 1963. En misión humanitaria, visito Hanoi en 1972, portando regalos y cartas para los prisioneros americanos y coincidió con un potente bombardeo sobre el que dio una muy popular conferencia a su regreso a Estados Unidos. Con grabaciones hechas en los refugios antiaéreos y en las calles después de los bombardeos grabo el disco Where are you now, my son?*
- *Los sucesos de mayo del 1968, tanto francés como checoslovaco, provocaron un importante cambio social de tipo generacional y dejaron también importantes secuelas en la izquierda occidental a corto y medio plazo. Los partidos comunistas occidentales acentuaron el distanciamiento respecto de Moscú, particularmente el Partido Comunista Italiano y el Partido Comunista Español. Nuevos actores sociales emergieron al primer plano de la actualidad, los llamados nuevos movimientos sociales: los jóvenes rebeldes, el feminismo, el ecologismo y el pacifismo, entre otros.*
- *El seguimiento de la guerra en tiempo real. Por primera vez el mundo se conmocionaba por las más duras imágenes que recibía a través de la televisión y de la prensa escrita, acerca de una guerra que se estuvo desarrollando «entre» la población civil.*

Todo ello, y seguramente mucho más, produjo el llamado «síndrome de Vietnam»: el sentimiento de derrota e impotencia y el luto que provocaron tantas bajas mortales y tantos heridos físicos y psíquicos, que embargó a muchos ciudadanos estadounidenses tras el conflicto que resultó ser la confrontación más larga en la que se habían visto involucrados Estados Unidos y que constituyó un golpe profundo al orgullo estadounidense. Afectó a la confianza de los ciudadanos en su sistema de gobierno y se vio reflejado en el mundo cultural y la industria cinematográfica, ahondando en los sucesos más negros y dramáticos de la guerra.

Y así, durante la segunda mitad de los años setenta se puso en cuestión la pauta que se había seguido durante siglos. Tradicionalmente, un Estado adquiriría la condición de superpotencia cuando era considerado lo suficientemente fuerte para involucrarse en una guerra sin aliados, o con ellos dada su capacidad de influencia. Además de poseer los recursos

necesarios, dos conceptos básicos conferían el estatus de superpotencia: la disposición para el uso de la violencia –en el caso de resultarle conveniente– y, al mismo tiempo, hacer frente a las pérdidas que esto conlleva, en tanto en cuanto el volumen de las mismas no fuera también desproporcionado.

Todo ello les confería la capacidad de disuasión, lo que solamente era posible porque se les presuponía una firme decisión para el uso de la de la fuerza. Emplearían la violencia asumiendo las posibles bajas, siempre y cuando éstas no sobrepasaran determinados límites.

Las grandes potencias defendían pretensiones que iban mucho más allá de las necesidades de la propia seguridad, incluyendo la protección de aliados y clientes y otros intereses de menor importancia. Una gran potencia tenía que arriesgarse a entrar en combate por fines que a veces estaban ocultos, o que afectan a regiones desconocidas y lejanas, en situaciones en las que no estaba obligada a luchar, sino en las que elegía conscientemente la lucha. A lo largo de la Historia el «grupo más poderoso» (en número, en ingenio, en economía, en fe, en cultura, en una, varias o todas ellas) había ido a la guerra en busca de más poder (más o mejores tierras, mujeres, botines, esclavos, materias primas, mercados) formando grupos (de familia, clan, tribu, ciudad, órdenes, religiones, empresas y por fin Estados) utilizando levas, milicias, pueblos subordinado, amalgamas de mercenarios. La razón de Estado –como causa de guerra– y las grandes burocracias militares –como medio para llevarla a cabo– son rasgos de la modernidad, que se desarrollaron paralelamente con el auge del Estado-Nación moderno.

Seguían siendo grandes porque tenían la voluntad y la capacidad de hacer uso de la fuerza para alcanzar o defender otros intereses menos importantes, como sus propiedades más alejadas o una ampliación insignificante de su ámbito de influencia. Tener que luchar simplemente por sobrevivir, era el triste destino de pequeños Estados amenazados, a los que no quedaba más solución que combatir si querían sobrevivir y que apenas podían confiar en conseguir algo más que eso, dadas sus escasas fuerzas.

Para las grandes potencias, la pérdida de varios cientos de soldados en cualquier escaramuza o de varios miles en una pequeña guerra o en una expedición era simple rutina. Y esto era así, porque la sociedad así lo asumía. Siendo elevado el índice de mortalidad infantil, eran frecuentes

las familias de cuatro, cinco o seis hijos y perder uno o varios hijos por enfermedad o guerra era algo dramáticamente aceptado.

Cuando la medicina y la sanidad en general evitaron que la muerte prematura fuera un drama usual en el «presupuesto emocional» de las familias, de las sociedades, la muerte en el campo de batalla es considerada como un suceso extraordinario, o radicalmente inaceptable, en familias más reducidas en las que se supone sobrevivirán todos los jóvenes a los progenitores.

De la década en la que cayó el muro de Berlín

Esta situación, unida a todos los síndromes y traumas anteriormente citados, tuvo una gran relevancia política y comenzó a ser un freno muy poderoso respecto al uso de la fuerza a partir de la conclusión de la guerra del Vietnam.

Sin embargo, a comienzos de los años ochenta, uno de los países de la Alianza, regido por un Gobierno fuerte y decidido y apelando al su tradicional sentido «imperial» apoyado por una sociedad por cuyas venas fluía la tradición militar expedicionaria, no dudó en «embarcarse» en una contienda para recuperar la soberanía de las Falkland. La conocida como guerra de las Malvinas que se desarrolló entre el 2 de abril, día del desembarco argentino en las islas, y el 14 de junio de 1982, al Reino Unido costó la vida 258 combatientes. Los muertos argentinos se cifran en 649.

Los progresos científicos, doctrinales, tecnológicos respecto al potencial militar, continuaron. Así, de entre muchos citaré:

- La Iniciativa de Defensa Estratégica: los avances tecnológicos permitieron al presidente de Estados Unidos anunciar en marzo de 1983 proponer un sistema para utilizar medios basados en tierra y sistemas en el espacio para defender a Estados Unidos contra ataques con misiles balísticos intercontinentales. La trascendencia del proyecto tuvo sus efectos al finalizar la década cuando la caída del muro de Berlín escenificó el drástico, cambió la configuración geopolítica mundial.*
- La Red. En el año 1983 ARPANET, red interconectada globalmente que permitía el acceso desde cualquier lugar a datos y programas, era usada por un número significativo de organizaciones operativas y de investigación y desarrollo en el área de la defensa. En el año 1984 la National Science Foundation inicia el establecimiento de una nueva Red*

de redes, NSFNET, mediante nuevas y más rápidas conexiones. En el año 1985, Internet estaba firmemente establecida.

- Los avances en aeronáutica y en misiles superficie-superficie, que no entraré en su detalle.
- El desarrollo de la Doctrina Conjunta de las Fuerzas Armadas y la impulsión del nivel operacional, intermedio entre el estratégico y táctico. Citaré dos operaciones de los años ochenta que contempla como ejemplos la que podría considerarse Doctrina de Operaciones Conjuntas (JP-3-0) de Estados Unidos capítulo sexto «Operaciones de respuesta a crisis y contingencia limitada».

La operación Urgent Fury –invasión de la isla caribeña Granada– de 25 de octubre de 1983 (considerada como raid en la Doctrina Conjunta), fue la primera operación de cierta envergadura realizada por fuerzas de Estados Unidos desde la guerra de Vietnam. La misión era derrocar al gobierno revolucionario del pueblo, para proteger a los ciudadanos de Estados Unidos y restablecer el gobierno legítimo.

Una fuerza de desembarco de 1.900 efectivos estadounidenses –alcanzando un total de 5.000 durante los días de la operación– contando con la participación de 300 efectivos de tres países de la Organización de Estados del Caribe Oriental, se enfrentó a una fuerza isleña de unos 2.250 efectivos (1.500 granadinos y 750 cubanos). El 2 de noviembre, se habían alcanzado todos los objetivos militares y el día 3 de noviembre, la unidad anfibia de marines había reembarcado. Las fuerzas de Estados Unidos sufrieron 19 víctimas mortales y 116 heridos. Las fuerzas de Granada sufrieron 45 muertes y 358 heridos. 25 cubanos murieron durante la acción, 59 resultaron heridos y 638 fueron hechos prisioneros (3).

Tras el atentado, atribuido a agentes libios, del 5 de abril de 1986 que en una discoteca de Berlín costó la vida a dos suboficiales del Ejército de Estados Unidos y a una mujer turca y heridas a 230 personas, de las cuales 79 eran soldados americanos, el 15 del mismo mes Estados Unidos

(3) Cita del JP-3-0 al tratar de *raid*: «El Estado Mayor Conjunto llegó a la conclusión de que los beneficios de una exitosa operación compensan sus riesgos. Un ataque rápido, preciso probablemente podría rescatar la mayoría de los estudiantes y evitaría una situación de rehenes. La sustitución de la Junta procubana eliminaría una amenaza a los intereses estratégicos de Estados Unidos en el Caribe. Una demostración bien ejecutada de la destreza militar de Estados Unidos demostraría la determinación de Estados Unidos para proteger a sus intereses vitales.» *Operation Urgent Fury-Ronald H. Cole-Joint History Office*.

lanzaron la operación El Dorado Canyon, (considerada como strike en la Doctrina Conjunta) que consistió en el bombardeo en 12 minutos de cinco objetivos libios (cuatro considerados directamente relacionados con el terrorismo más la base aérea de Benina para imposibilitar el despegue de interceptadores libios) realizado por A-6 Intruder de la Navy (dos objetivos en el área de Bengasi) y F-111 de la Fuerza Aérea (tres objetivos en la zona de Trípoli). La operación tuvo como finalidad golpear la capacidad de Gadafi para exportar el terrorismo. Según fuentes libias causó la muerte a 15 civiles entre los que se contaba una hija adoptiva de Gadafi. Estados Unidos reconocen que perdieron un F-111.

Bajo el punto de vista estratégico-político, para algunos, para muchos, la caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 marcó el fin del siglo XX al poderse considerar como el «inicio del fin» de un discurrir bastante lineal de los acontecimientos marcados por la bipolaridad. El 21 de diciembre la URSS dejaba formalmente de existir.

¿La unipolaridad o multipolaridad de los años noventa?

Creo que en el análisis pos un esfuerzo bélico, siempre han tenido mucha influencia dos importantes factores ambientales. Uno, el ansia por disfrutar los «dividendos de la paz». El esfuerzo ha sido muy costoso (no caro, pues caro es aquello que tiene un precio exagerado respecto al bien que se adquiere y creo que el bien de la paz difícilmente es caro). El otro, la confianza en la imposibilidad de resurgimiento del antiguo conflicto, o de nacimiento de uno nuevo interpretado por otro actor, pues ¿quién puede osar a enfrentarse a un poder que ha resultado victorioso en una confrontación de alto nivel? Parece, pues, pragmáticamente lógico detraer fondos de Defensa para dedicarlos a menesteres visiblemente sociales de toda índole.

Unido ello a los síndromes de los años setenta y a los progresos tecnológicos de los años ochenta, cambian hasta la terminología estratégica: ya no se habla de amenazas sino de riesgos. Sin embargo, el 2 de agosto de 1990 Irak invadió Kuwait y en el año 1991 comienzan los conflictos en los Balcanes. Ambos escenarios serán teatros de un nuevo sistema de intervención militar.

Primera fase de la campaña aérea de la operación Tormenta del Desierto comenzó a las 3:00 horas del 17 de enero de 1991 con una serie de bom-

bardeos en los que se utilizaron aviones Stealth F-117A y misiles crucero Tomahawks lanzados desde buques estacionados en aguas del mar Rojo y el golfo Pérsico. El objetivo era destruir el centro de gravedad vital de Irak. Los objetivos de la segunda y tercera fase aérea consiguieron neutralizar el Ejército de Irak en el teatro de operaciones de Kuwait. Hasta el día 24 de febrero no se iniciaron las acciones terrestres con el objetivo liberar Kuwait. Durante los días 25, 26 y 27 de febrero las unidades fueron avanzando hasta alcanzar sus objetivos. Una vez liberado Kuwait, se dio por finalizada la campaña terrestre y el 28 de febrero Irak se rindió y aceptó las condiciones impuestas por Naciones Unidas.

Las bajas sufridas de parte de las grandes potencias de la coalición se estiman en Estados Unidos: 148 muertos en combate. Gran Bretaña: 47 muertos. Francia: dos muertos.

Los resultados de la campaña aérea mermaron terriblemente la capacidad de combate iraquí y su moral. Se estima que unos 2.435 tanques, 1.443 blindados y 1.649 piezas de artillería fueron destruidos o inutilizados como consecuencia directa de los demoledores ataques aéreos. Según informes del año 1991, las fuerzas aéreas de la coalición realizaron unas 110.000 salidas, perdiendo 68 aparatos en misiones de combate y 22 aeronaves en accidentes.

El uso extensivo de los fuegos de nivel operacional había cumplido su objetivo: debilitar la capacidad de resistencia de la voluntad enemiga y esta vez, en sumo grado. La asimetría de potencial militar técnica y armamentística había sido tan absoluta que las fuerzas terrestres de la coalición, aquellas que tienen el deber de enfrentarse a corta distancia con su adversario, aquellas cuya maniobra está condicionada por la dureza del terreno, de la meteorología y de la capacidad destructiva de armas de su contrincante, no tuvieron otro cometido más que avanzar ordenadamente para alcanzar sus objetivos. Y si en algunos casos parecía que deberían entrar en combate, antes de que fuera preciso se actuó, preferentemente, con los medios aéreos que contaban con una absoluta libertad de acción.

Las clásicas artillerías cañón, concebidas y preparadas para proyectar proyectiles sobre los objetivos, fueron sustituidas por nuevas plataformas de lanzamiento de tales proyectiles: los aviones. Los carros de combate, cuyas corazas protegían y sus cañones que aumentaban la potencia de fuego de las infanterías, fueron sustituidas por nuevos medios que pro-

porcionaban los fuegos a tal distancia que no necesitaban de corazas: los aviones. Si bien hubo boots on the ground, los combates terrestres fueron mínimos debido a la intensa campaña de fuegos de nivel operacional y a la total superioridad aérea.

La nueva forma de guerra, permitida por la asimetría entre el poder militar de los ejércitos aliados y de los posibles enemigos y la credulidad en la desaparición de la posibilidad de un enfrentamiento simétrico después de la disolución del Pacto de Varsovia, quedó reflejada en el llamado nuevo Concepto Estratégico de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) del 7 de noviembre de 1991. En su apartado número 47, al determinar las características de las fuerzas convencionales, de forma totalmente explícita, atribuye la menor importancia a las fuerzas terrestres y la máxima a las aéreas (4).

Sustituida en diciembre de 1992 la operación Restore Hope liderada por Estados Unidos en Somalia por la Misión ONUSOM II, las tropas americanas mantuvieron una Fuerza de Reacción Rápida (NRF), en las cercanías de Mogadiscio, en apoyo a UNOSOM. Entre los días 3 y 4 de octubre tuvieron lugar los incidentes conocidos como la batalla de Mogadiscio, por desarrollarse en sus calles, en los que fueron derribados dos helicópteros Black Hawk en una operación cuya finalidad era apresar a varios lugartenientes del general Aidid.

En la operación, tipo raid, que consiguió detener a 24 sospechosos, incluidos dos de los principales ayudantes del general Aidid, perdieron sus vidas 18 soldados estadounidenses y 75 resultaron heridos. Fue capturado un piloto americano siendo liberado el 14 de octubre de 1993. Los cuerpos sin vida de los soldados estadounidenses estuvieron sujetos a actos de escarnio público y las escenas fueron emitidas por los canales de televisión de todo el mundo

(4) Fuerzas terrestres, esenciales para mantener o recuperar el territorio. La mayoría estará normalmente en estados inferiores de disponibilidad y, en general, se hará un mayor uso de la movilización y reservas... Fuerzas navales, que debido a su inherente movilidad, flexibilidad y resistencia, son una importante contribución a las opciones de respuesta de crisis de la Alianza... Fuerzas aéreas, cuya capacidad para cumplir sus funciones fundamentales tanto en operaciones aire independientes como combinadas –interdicción aérea y apoyo aéreo ofensivo– así como para contribuir a la vigilancia, reconocimiento y operaciones de guerra electrónica, es esencial para la eficacia general de las fuerzas militares de los aliados. Su papel en el apoyo a las operaciones en tierra y mar, requerirá adecuadas capacidades de transporte a larga distancia y de repostaje.

Numéricamente las bajas fueron pocas, pero las escenas resultantes del trato vejatorio dado a los muertos fue otro colapso del que aprender. Estados Unidos reforzaron su NRF con una fuerza conjunta consistente en fuerzas aéreas, navales y terrestres equipadas con tanques M1A1 y vehículos de combate Bradley y el presidente Clinton, anunció la intención de retirar sus fuerzas de Somalia el 31 de marzo de 1994.

El periodista Mark Bowden en el año 1999 publicó el libro, escrito en forma de novela, a raíz de los hechos acontecidos Black Hawk Down: una historia de la guerra moderna y fue llevado a la gran pantalla por Ridley Scott en el año 2002 con el nombre Black Hawk Down.

La globalización y del post-heroic leadership al post-heroic warfare

En febrero de 1994, John W. Huey, nacido en 1948 en Atlanta, –que fue oficial de Inteligencia en la U.S. Navy, director de la revista de negocios Fortune, director de editorial de Time Inc. y desde el año 2006 su editor jefe– publicó en la revista Fortune un artículo al que denominó «The New Post-Heroic Leadership».

Hablando de los problemas con los que se enfrentaba la dirección de la gestión de empresas y de las soluciones que se presentaban como novedosas decía:

«La presión requiere pasar de las palabras a los hechos. Llámelo como mejor prefiera: liderazgo posheroico, liderazgo servidor, liderazgo distribuido, o liderazgo virtual.»

Parece que se decanta por la primera opción pues sigue su artículo denominando al nuevo estilo posheroico, afirmando que los líderes posheroicos no esperan resolver todos los problemas por sí mismo... y tras describir sus cualidades dice:

«El líder posheroico todavía requiere muchos de los atributos que habían distinguido a los mejores líderes, inteligencia, compromiso, energía, poder de convicción, integridad. La gran diferencia radica en que espera esas cualidades de cada miembro de la organización.»

No voy a entrar, ahora, en la discusión de las ideas que propugno. Tan sólo decir que la «idea» de llamar «posheroico» al estilo de liderazgo que propugnaba para el siglo XXI tuvo «garra», y gusto para hablar de «guerra».

Así, en mayo de 1995, Edward N Luttwak, publicó en *Foreign Affairs* un artículo al que tituló: «*Toward Post-Heroic Warfare*» (5), que concluye diciendo:

«Las actuales circunstancias requieren algo más que un nuevo concepto de guerra, una nueva mentalidad que inyecte un realismo no heroico en el quehacer militar precisamente para superar una excesiva timidez en el uso de medios militares.»

Entre el 29 de agosto y el 20 de septiembre de 1995, la OTAN llevó a cabo la operación Deliberate Force, campaña aérea ofensiva contra las fuerzas serbias de Bosnia-Herzegovina como consecuencia, principalmente, del cerco al que estaba sometido Sarajevo, de sus ataques a los enclaves musulmanes de Srebrenica, Zepa y Gorazde –declarados áreas seguras bajo protección de Naciones Unidas– y de su actitud agresiva contra los observadores de las Fuerzas de Protección de Naciones Unidas (UNPROFOR).

El 20 de diciembre de 1995, seis días después de los Acuerdos de Dayton, la OTAN, integrando a UNPROFOR, constituyó la Fuerza de Implementación (IFOR) de la OTAN, a la que se autorizó a recurrir al uso de la fuerza siempre que resultase necesario. IFOR, operación capítulo VII de la Carta de Naciones Unidas consecuencia de de la resolución 1031 de 14 de diciembre, «fue la primera operación de respuesta a crisis en la historia de la Alianza».

El 12 de agosto de 1996, Luttwak publicó otro artículo con el título «A Post-Heroic Military Policy: The New Season of Bellicosity.»

«La guerra fría hizo cautas a naciones que temían una escalada incontrolable. Ahora que las confrontaciones son menos proclives a ser incontrolables, aparece una nueva era de la belicosidad. Los militares americanos atrapados en el modo de pensar de la guerra fría, no lo han percibido. Se está gastando demasiado en los tres Ejércitos en unidades que causan bajas, en una era en la que

(5) Edward Luttwak, nacido en Rumania, y se formó en Italia e Inglaterra doctorándose en la Universidad Johns Hopkins. Profesor en el año 1975 de la Georgetown University, ha sido miembro del Grupo de Estudios de Seguridad Nacional del Departamento de Defensa, asesor del Consejo de Seguridad Nacional, del Departamento de Estado y de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire de Estados Unidos y de varios países aliados, así como de de instituciones y corporaciones financieras internacionales. En el año 2008 fue nombrado *Senior Advisor* del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de Washington D.C.

la oposición política a las bajas hace estas unidades inadecuadas para el combate. Los ejércitos deben reconsiderar sus prioridades y dedicar sus presupuestos a armas como rayos láser de alta tecnología, aeronaves antirradar y misiles de crucero que pueden hacer la guerra menos letal para los estadounidenses.»

La Alianza, ante la imposibilidad de que el Consejo de Seguridad determinara por resolución intervenir militarmente en el conflicto de Kosovo tras el fracaso de la Conferencia de Rambouillet, intervino en el conflicto entre el 24 de marzo y el 10 de junio de 1999 llevó a cabo la operación Allied Force. La campaña se desarrolló en tres fases: la primera tuvo como objetivo destruir las Fuerzas de Defensa Aérea yugoslavas, la segunda fase se centró en la destrucción de las fuerzas militares del Ejército yugoslavo para impedir sus acciones en Kosovo y la última fase tenía como misión destruir objetivos tácticos y estratégicos en todo el territorio yugoslavo. Unos 600 aviones aliados realizaron una 38.000 salidas.

Un aspecto clave debatido durante la cumbre de Washington de la Alianza Atlántica, de 24 y 25 de abril, fue la actuación militar de la OTAN sin mandato de la Organización de Naciones Unidas.

El día 3 de junio el Parlamento y el Gobierno de Belgrado aceptaron el Documento en el que se establecían las condiciones para cesar los bombardeos, presentado por el representante de la Unión Europea y por el representante especial de la Federación Rusa. El 10 de junio el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó la resolución 1244 por la que se autorizaba el despliegue de una Fuerza Multinacional (KFOR) liderada por la OTAN ... y entraron las fuerzas terrestres en Kosovo.

Seguramente ninguna de las tradicionales superpotencias o grandes potencia europeas tenían intereses vitales en los territorios de la antigua Yugoslavia. Sin embargo, en otros tiempos, las superpotencias, aún en el caso de que no hubieran existido estos intereses, no habrían considerado el desmoronamiento de Yugoslavia como un problema difícil del que en principio era conveniente distanciarse de forma oportuna, sino como una oportunidad que debería ser aprovechada. Bajo el pretexto propagandístico de sentirse obligadas a defender las etnias arrolladas y bajo el supuesto objetivo de querer imponer nuevamente la ley y el orden, habrían intervenido con el fin de conseguir nuevos ámbitos de influencia, tal y como lo hicieron en sus tiempos las verdaderas superpotencias.

El globalismo económico logró que gran parte de los intereses no vitales de varias potencias no fueran sólo coincidentes, sino que fueran compartidos, lo que alejó de la escena las guerras entre potencias regionales, originadas tanto por la apetencia de disfrutar de unas zonas de influencia, como por el interés en impedir que otra competidora disfrutara de ellas, caso que a tantas guerras condujo sobre el solar europeo hasta mediados del siglo XX.

El éxito, en el ámbito de la seguridad, de la Unión Europea no fue tan parco como nos lo presentan algunos analistas, que le critican su inacción en este campo, al no haber sido capaz de llevar a la práctica ni Política Exterior de Seguridad Común (PESC) ni la Identidad Europea de Seguridad y Defensa. Tendrían razón si sólo fueran válidos los análisis en «voz activa», pero no la tienen si se analizan los sucesos en «voz pasiva». ¿Qué hubiera ocurrido en Europa por causa de la crisis en la antigua Yugoslavia, si los intereses económicos de las clásicas potencias europeas no hubieran estado interrelacionados por medio de la Unión Europea? ¿Qué hubiera ocurrido si unas hubieran apoyado a unos... y otras a otros?

El globalismo económico también condujo a que potencias no vinculadas mediante tratados, se abstuvieron de tomar acción –aunque no partido– en crisis que eran fuente de enfrentamientos en el pasado. La precaria situación de la economía rusa, necesitada de la inyección financiera de Occidente, evitó que la oposición a las decisiones occidentales sobre las crisis en la antigua Yugoslavia fuera más allá de la condena a tales acciones. ¿Qué hubiese ocurrido si Rusia no se hubiese sentido vinculada a la financiación occidental?

También las alianzas militares jugaron un papel decisivo, no sólo por su acción sobre los riesgos y amenazas directas (visión en «voz activa»), sino también por mantener del mismo lado a todas las potencias que, de no haber mantenido un vínculo entre ellas, podrían haber tomado parte en distintas partes, valga la redundancia, en los conflictos regionales (visión en «voz pasiva»). El globalismo en lo militar también resultó positivo.

La globalización de la información y su influencia en las opiniones públicas, dispuestas a criticar las acciones militares unilaterales de una nación, aunque sea la propia, llevó a las superpotencias a la búsqueda de aliados para realizar aquéllas. La presión de las opiniones públicas (visión en «voz pasiva») favoreció la globalización de las acciones militares, con lo que se «democratizó» en cierta medida la toma de este tipo de deci-

siones. Pudimos prever que las coaliciones multinacionales o las alianzas permanentes serían las que, lideradas por una nación con algunas de las anteriores características de superpotencia, y a ser posible amparadas por un mandato supranacional –deseable de Naciones Unidas, o de un grupo ad hoc, como el grupo de contacto– o por decisión del Consejo Político de una Alianza, realizarían las acciones militares pertinentes a sus intereses.

Las grandes potencias, como primer horizonte, no pudieron consentir la culminación de un proceso de depuración étnica en Kosovo, al igual que, como segundo horizonte –y en cierto modo mantenido oculto por el primero–, no pudieron permitir la consolidación de un régimen dispuesto a, paso a paso, convertirse en una potencia regional que pudiera desestabilizar el delicado equilibrio balcánico.

En el transcurso de la crisis se vio que la «voz activa» del globalismo económico, como recurso para acabar con la crisis no era resolutivo: las sanciones económicas no surtieron los efectos deseados. Tampoco funcionó la «voz activa» de los actores transnacionales: no se consiguió un acuerdo en Naciones Unidas lo suficientemente convincente para los agentes de la crisis.

Por ello, la alianza militar tuvo que actuar en «voz activa», aprovechando los beneficios pasivos del globalismo antes descritos. Analicemos como:

- La Alianza Atlántica anunció desde el primer momento que no consideraba entre sus planes la utilización de fuerzas terrestres para hacer frente a las agresiones en la antigua Yugoslavia. Rusia, se opuso al uso de la fuerza por parte de la Alianza, pero no manifestó en ningún momento, su intención de utilizar la propia: ni para presionar a Milosevic, ni para disuadir a la Alianza de utilizar la suya.
- El motivo por el cual no se tomó ninguna medida respecto a una intervención terrestre contra las atrocidades cometidas en la antigua Yugoslavia, similares a las de la Segunda Guerra Mundial, es indiscutible: ningún gobierno estaba dispuesto a arriesgar en los combates la vida de sus soldados.
- La falta de disposición para acoger bajas de vuelta a casa, ni se limita a las democracias, ni se puede achacar a la presión de los medios de comunicación. Cuando la URSS intervino en Afganistán en una clásica aventura de superpotencia, era todavía una dictadura intacta y totalitaria. Los observadores extranjeros estaban sorprendidos por la estrategia minimalista de los soviéticos sobre el teatro de operaciones afgano.

Se ofrecía como justificación el argumento de que los mandos militares desconfiaban de sus fuerzas, formada por soldados pertenecientes al servicio militar obligatorio y con una formación insuficiente. Sin embargo, la causa real era otra: el cuartel general soviético estaba sometido a una presión constante por parte de Moscú con el fin de evitar, por encima de todo, mayores bajas, debido a las airadas reacciones de familiares y amigos. Se comprobó que la propia población no estaba dispuesta a tolerar las bajas

- No fue el impacto de los informes ofrecidos por televisión la explicación a la negativa a aceptar incluso el más reducido número de bajas en combate. La URSS jamás permitió que su población tuviera acceso a imágenes de televisión relacionadas con la guerra, tal y como fueran emitidas en Estados Unidos. No obstante la reacción de la población soviética acerca de las bajas en Afganistán, fue básicamente idéntica a la de los norteamericanos en la guerra del Vietnam. Aunque el número de bajas a lo largo de muchos años no alcanzaran el total de las bajas registradas en un solo día en guerras anteriores, las consecuencias eran, no obstante, extremadamente traumáticas.*

La primera década del siglo XXI

Si decía anteriormente que bajo el punto de vista estratégico-político, para algunos, para muchos, la caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 marcó el fin del siglo XX, también digo que para otros, para muchos, el siglo XXI, comenzó el 11 de septiembre de 2001 con un brutal atentado a las Torres Gemelas. La gran convulsión, que «vivió» en directo gran parte de la humanidad, fue «un punto de inflexión» en el discurrir un tanto errático de la percepción de seguridad de los años noventa.

Después de la negativa del régimen talibán a dejar de acoger a Al Qaeda, el 2 octubre de 2001 el presidente Bush aprobó el concepto de la operación Libertad Duradera y determinó que las acciones de combate en Afganistán debían empezar el 7 de octubre, 26 días después de los ataques sobre Nueva York y el Pentágono.

La campaña estuvo basada en el amplio uso de los fuegos operacionales sobre Kabul, Kandahar, Jalalabad, los campos de entrenamiento afganos, las defensas antiaéreas, los centros de mando, control y comunicaciones, la destrucción de todo tipo de defensas. Un amplio empleo

de grupos opositores afganos, en particular con la Alianza del Norte con amplio apoyo de fuegos de aviación y un limitado uso de fuerzas terrestres. Así, la Task Force Dagger, estaba formada básicamente por el V Grupo de Fuerzas Especiales (aerotransportado), proporcionando la NRF un Batallón de la I División de Ligera de Montaña. Intervinieron también las Unidades Expedicionarias de marines XVI y XXVI y fuerzas del Reino Unido, Canadá y Australia.

Hasta el 19 de octubre no se infiltró el primer equipo de Servicios Especiales que penetró en Afganistán y el 9 de noviembre, para hacer frente a un posible intento talibán de recuperar la ciudad Mazar-i-Sharif, por vía aérea, unos 1.000 soldados de la X División de Montaña, que proporcionaron el primer punto de apoyo sólido desde el que poder llegar a Kabul y Kandahar.

Por la tarde del 13 de noviembre, caía Kabul. El 25 de noviembre una fuerza compuesta por un millar de marines, transportada en helicópteros CH-53E Super Stallion y aviones C-130, estableció la base de operaciones avanzada Camp Rhino a 35 millas al suroeste de Kandahar, primer punto de apoyo estratégico de la coalición en Afganistán. El 26 de noviembre, después de nueve días de intensos combates y bombardeos estadounidenses, se rindió Kunduz a las fuerzas de la Alianza del Norte. El 7 de diciembre, los talibán abandonaron Kandahar. El 17 de diciembre se tomó el último complejo de cuevas en las montañas de Tora Bora. El 22 de diciembre, a los 78 días de inicio de las operaciones, tuvo lugar en Kabul la ceremonia de toma de posesión del gobierno interino afgano.

Contado con los grupos opositores afganos, en particular con la Alianza del Norte, no conllevó un elevado número de bajas, habiendo perdido la vida 12 soldados estadounidenses. Otro éxito de los fuegos operacionales, y del empleo de muy escasas fuerzas terrestres sustituidas por nativos de la zona como tropa de Infantería. Sin embargo, el informe que realizó el Ejército de Estados Unidos decía:

«Fuerzas del Ejército de Estados Unidos, en estrecha colaboración con unidades afganas aliadas, fueron decisivas en la derrota de los talibán y de sus aliados de Al Qaeda y en la liberación de Afganistán en pocas semanas a finales de 2001... Sin embargo, no debe extrapolarse demasiado de la fácil derrota de los talibán. Estados Unidos tuvieron una gran ayuda de sus aliados de la Alianza del Norte, que tenían sus propios objetivos políticos en

mente. Eran, en esencia, un Ejército de Tierra suplente que resultó bastante eficaz cuando se les proporcionaron elementos de coordinación y de apoyo aéreo. Estas condiciones son tan exclusivas, que se debe ser receloso en aplicar al por mayor cualquier “nuevo modelo” de guerra, sin tener en cuenta todos los elementos específicos de cada situación.»

Y en enero de 2002, Edward N. Luttwak publicó el libro titulado: Strategy: The Logic of War and Peace, en el que desgrana sus puntos de vista desde la gran estrategia a la táctica. Examina el papel del poder aéreo en la guerra del Golfo de 1991 (en cuyo planeamiento participó) y muestra la emergente guerra posheroica llevada a cabo en Kosovo en el año 1999, una guerra en la que no perdió la vida ningún soldado americano.

Decidida la ocupación de Irak y el derrocamiento de Sadam Hussein y conocedores de las capacidades militares de Irak, la fase planeamiento, preparación y despliegue de una fuerza compuesta por 248.000 soldados de Estados Unidos, 45.000 británicos, 2.000 australianos y una unidad de fuerzas especiales polacas, duró nueve meses.

A las 5:34 horas de Bagdad, del 20 de marzo de 2003, comenzaban los fuegos operacionales de la OIF (Operation Iraqi Freedom) que culminó el 30 de abril contabilizando 173 bajas mortales y 540 heridos por parte de las fuerzas de la coalición.

Si bien OIF contó con el dominio de la «tercera dimensión» que permitió un exhaustivo empleo de los fuegos aéreos, a diferencia de la operación Libertad Duradera de Afganistán sí desarrolló una amplia maniobra terrestre en la que participaron cuatro Divisiones de Estados Unidos y una del Reino Unido operando de sur a norte; una Brigada de Estados Unidos, junto con un número de milicianos kurdos iraquíes estimado en unos 70.000, operando de norte a sur; y fuerzas especiales de Estados Unidos operando de oeste a este.

La superioridad aérea por parte de la coalición fue total y la interdicción aérea se centró sobre las fuerzas de la Guardia Republicana iraquí y las fuerzas regulares que defendían los anillos alrededor de Bagdad. Se cita como una historia de éxito de la interdicción aérea la realizada sobre las fuerzas las Divisiones Hammurabi, Nabucodonosor y Al Nida de la Guardia Republicana durante su redespiegue, después del 25 de marzo, desde el sur de Bagdad hacia Karbala, al Hillah y Al Cut, cuyos movimientos

fueron bombardeados por B-52 de Estados Unidos (lanzando bombas de 500 libras) y Tornados británicos (6).

¿Qué han tenido en común Afganistán e Irak?: el dramatismo de las fases subsiguientes a las operaciones militares de la invasión y consecución de los objetivos encomendados a las fuerzas operativas.

Sabíamos cómo sería y cuanto tiempo duraría una acción militar combinada de las naciones libres para, de una manera rápida y eficaz, poner fin a un enfrentamiento armado, desmantelando las fuerzas militares del contrario o interponiéndose entre las fuerzas en oposición. Preveíamos que una fase de estabilización, normalmente larga, comenzaría y que requeriría medios civiles y militares para garantizar la reconstrucción, el desarrollo y la reconciliación, pero... no sabíamos cómo se desarrollaría.

Y desde la experiencia, vemos que el esfuerzo multidisciplinar –denominado Comprehensive Approach– de esta fase dura una década, o más, y que requiere un esfuerzo sostenido, continuado y firme, en el que vivimos altos y bajos y fracasos tácticos que son percibidos frecuentemente como retrocesos estratégicos.

El enemigo convive y se confunde con las gentes a las que protegemos y nuestras sociedades conviven con sus militares en operaciones a través de los medios de comunicación. Nuestras gentes en la retaguardia pueden dudar, sentirse cansadas por la duración de la misión, tristes por las bajas de soldados y civiles, dolorida por la miseria que día a día observa en los medios.

Y debemos preguntarnos: ¿recordarán las opiniones públicas el motivo que originó la intervención de una fuerza militar? Y si no lo recuerdan... ¿tendrán la fortaleza suficiente los gobiernos para recordárselo y convencerla? Y... ¿será un grave problema para las alianzas y coaliciones la convivencia en un mismo teatro de acciones de combate con otras de estabilización, de acciones muy violentas con bajas propias y enemigas al mismo tiempo que se llevan a cabo acciones de apoyo a la población? ¿puede ello conducir a la opinión pública a una cierta confusión, y pensar que en la misma operación haya «buenos y malos», soldados que ayudan y soldados que matan, militares que buscan la paz y otros que anhelan la guerra? Esta simplificación, seguramente exagerada para resultar más

(6) CONETTA, Carl: *Project on Defense Alternatives Briefing Memo #30*, Source, 26 de septiembre de 2003.

comprensible, es muy dañina para la moral de las fuerzas desplegadas y para la cohesión de las alianzas.

El llamado concierto de las naciones debe fijar cuál es el estado final que pretende conseguir para ese territorio y esa población, y las fuerzas militares deben cargar sobre sus espaldas la parte, que no el todo, que como elemento de estabilización les corresponde ejecutar en concurrencia con otros actores de las sociedades de las que ellas son parte.

Las Fuerzas Armadas deberán contar en todo momento con plena legitimidad, tanto entre las opiniones públicas nacionales como en los escenarios en que se interviene. Y deben dar la máxima importancia a su «estrategia de comunicación» y a los mensajes que transmiten. Este aspecto es vital y debería formar parte de los Conceptos Estratégicos, como creo que también deberían figurar las pautas estratégicas que permitieran deslindar los campos de responsabilidad de los actores. No debería ser posible que la viabilidad del empeño internacional de configurar espacios gobernables recayera en un solo agente de estabilidad.

A pesar de todo, los ejércitos deben seguir trabajando, recordar la situación original del conflicto y mirar hacia adelante, al fin deseado y, los soldados de ayer y los soldados de hoy estar convencidos de lo que estamos haciendo vale la pena y así ser capaces de motivar a los soldados de mañana. La Alianza está conduciendo una guerra en la que no se prevén bajas propias... ¿a costa de...?

En Kosovo depuró el más fuerte: fusilamientos, expolios, violaciones, expulsiones. En Libia reprime el más fuerte. Y tantos en... Se sufrirá lo que se deba sufrir, y lo harán los que están sujetos directamente a la crisis. Ayudaremos a quienes podamos acoger, ganaremos sin bajas propias y, después, restauraremos la situación. La pregunta es... ¿podremos restaurar el sufrimiento?

No es este el lugar ni el momento de realizar un estudio de factores a posteriori para elaborar posibles líneas de acción sobre las que ya es imposible decidir. Pero habrá quién –algún Estado con pretensiones de ser potencia regional, de ser líder de otra forma de cultura, basada en una escala de valores con distinta visión de los derechos humanos– sí estará analizando el presente para sacar conclusiones sobre las capacidades que Occidente es capaz de poner en juego para hacer prevalecer los principios sobre los que tiene fundamentada su civilización. Su conclusión puede ser el descubrimiento de una vulnerabilidad

Los principios del «arte de la guerra»: «voluntad de vencer», «libertad de acción» y «capacidad de ejecución» ¿pueden estar condicionados por la previa decisión de no arriesgar al combatiente? Si un Estado, o un grupo de Estados de igual cultura, no quieren hacer frente a las pérdidas que conlleva el uso de la violencia –uno de los conceptos básicos que conferirían el estatus de superpotencia– ¿podrá ser considerada como tal y hacer uso de la fuerza para conseguir intereses no vitales?

Y si no puede encontrarse ningún sustituto de las grandes potencias, el mundo entero tendrá que habituarse a las consecuencias. Violentos disturbios, que no podrían contenerse con la sola intervención de unos llamados «medios quirúrgicos», tendrán, más tarde o más temprano, determinadas consecuencias, entre ellas: refugiados y nuevos puntos de partida de la criminalidad internacional y terrorismo.

¡No bajas!... pregunto: ¿una nueva vulnerabilidad? Una vulnerabilidad... afirmo: es un riesgo.

El 30 de abril de 2007, Thomas O'Dwyer (7) en un artículo titulado: «Israel's post-heroic disaster», comenta y analiza el Informe del Comité Winograd sobre el desastre de Israel en la «segunda guerra del Líbano» del año 2006, estimando que culpa a todo el establishment, ya que considera que:

«El primer ministro Ehud Olmert actuó precipitadamente al conducir el país a la guerra sin un plan» «Un grave error de falta de criterio, responsabilidad y precaución.»

El ministro de Defensa Amir Peretz «no tiene conocimientos ni experiencia en asuntos diplomáticos, militares y de gobierno. No tiene conocimientos en el uso de los ejércitos como herramienta para conseguir objetivos. Sin embargo, tomó las decisiones sin consulta, y no dio suficiente peso a las opiniones contrarias. Dejó de cumplir su papel, y no actuó en base de un plan estratégico.»

«El Ejército israelí, no estaba preparado para una guerra.»

Afirma O'Dwyer que varios comentaristas han considerado que la incompetencia política durante la segunda guerra del Líbano fue muy similar a la del año 1982, pero que entonces al menos el Ejército supo cómo actuar

(7) Periodista que ha vivido 20 años en Oriente Medio (Reuters bureau chief, foreign editor del *Jerusalem Post*, y columnista del *International Herald Tribune's Ha'aretz*).

en las batallas terrestres. Y considera que las lecciones más importantes pueden ya haberse aprendido fuera de las fronteras de Israel, principalmente la lección de que la era del invencible Israel está ahora en completa retirada ante la era del misil y de lo que el intelectual palestino Edward Said llamó las realidades «posheroicas» del Estado «posisionista».

Sheikh Hassan Ezzeddine, funcionario político senior de Hizbollah, dijo respecto al Informe Winograd:

«Prueba que nuestro enemigo puede ser derrotado y que el sendero de la resistencia puede llevar a la victoria. ¿Qué imagen más convincente de victoria puede haber que la del propio enemigo admitiendo que hizo una “guerra chapuza”?»

Y en el año 2011...

El diseño de la intervención en el conflicto libio autorizada por la resolución 1973 del Consejo de Seguridad, aprobada el 17 de marzo, contempla tres líneas de actuación con medios militares:

- La protección de los civiles, autorizando a adoptar todas las medidas necesarias, para proteger a los civiles y las zonas pobladas por civiles que estén bajo amenaza de ataque, excluyendo el uso de una fuerza de ocupación extranjera de cualquier clase en cualquier otra parte del territorio libio.
- El establecimiento de una zona de prohibición de vuelos a fin de ayudar a proteger a los civiles.
- El cumplimiento del embargo de armas, reforzando el embargo de armas dictado en la resolución 1970.

Responde plenamente al modelo «posheroico» de hacer la guerra, preconizado por Edward N. Luttwak en un artículo al que tituló: «Toward Post-Heroic Warfare», definido también como la estrategia de la distancia: utilización procedimientos del llamado nivel operacional (de fuegos, exclusiones y embargos) y medios que eviten el llamado boots on the ground. Las acciones de combate acarreadas por la primera se puede considerar como de «voz activa» (actuación con iniciativa en la decisión), las correspondientes a las otras dos las podemos considerarlas como de «voz pasiva» (actuación por decisión provocada).

«Ese es el tipo de liderazgo que hemos mostrado en Libia», dijo el presidente Obama en su discurso sobre Libia del día 28 de marzo dirigido a

la Nación, pronunciado en la National Defense University de Washington, D.C., resumiendo previamente cuanto había ocurrido respecto a la crisis libia diciendo:

«Estados Unidos ha trabajado con nuestros socios internacionales para movilizar una amplia coalición, asegurar un mandato internacional para proteger a los civiles, detener el avance del ejército, evitar una masacre y establecer una zona de exclusión aérea con nuestros aliados y socios.»

«Además, hemos logrado estos objetivos de forma coherente con la promesa que hice al pueblo estadounidense al comienzo de nuestras operaciones militares. Dije que el papel de Estados Unidos sería limitado; que no pondríamos tropas terrestres en Libia; que focalizaríamos el uso de nuestras capacidades únicas en el comienzo de la operación y que transferiríamos la responsabilidad a nuestros aliados y socios. Esta noche, estamos cumpliendo esa promesa.»

Respecto a las promesas del papel limitado y la ausencia de tropas terrestres podemos encontrar dos motivos. Tal vez, le aconsejó no utilizar fuerzas terrestres en apoyo a los llamados rebeldes libios, el análisis realizado por el Ejército de Estados Unidos tras la campaña de 2001 de la operación Libertad Duradera en Afganistán. Tal vez pudiéramos encontrar la causa en las consecuencias letales de las fases subsiguientes a las invasiones de Afganistán –sobre 1.500 bajas– y de la OIF, cuya fase de invasión, 19 de marzo a 30 de abril, causó 139 bajas estadounidenses y que actualmente sobrepasan las 4.000. O en una combinación de ambas, pues dijo el presidente en su discurso:

«Como comandante en jefe no tengo responsabilidad mayor que mantener seguro a este país. Y ninguna decisión pesa más sobre mí que cuando decido desplegar a nuestros hombres y mujeres de uniforme.»

Podemos encontrar el motivo de la promesa de focalizar el uso de las capacidades al comienzo de la operación, en la confianza adquirida en las operaciones llevadas a cabo desde la operación Tormenta del Desierto.

La voluntad de cumplir la promesa de transferir la responsabilidad a los aliados y socios, la podemos observar en la estructuración de la organización del mando de la JTF Odyssey Dawn. Se nombró comandante de la JTF Odyssey Dawn al comandante de la U.S. Naval Forces, África de

AFRICOM que es a la vez comandante del Allied Joint Force Command, Nápoles de la OTAN.

El 24 de marzo, cuando los aliados OTAN decidieron asumir la responsabilidad de hacer cumplir el mandato correspondiente a la zona de prohibición de sobrevuelos, el teniente general canadiense Charles Bouchard, segundo jefe del Allied Joint Force Command, Nápoles de la OTAN fue nombrado comandante de la JTF Unified Protector, que pasó a comprender las misiones de embargo de armas y prohibición de sobrevuelos y que amplió sus cometidos a los tres días, cuando los aliados OTAN decidieron tomar a su cargo todos los aspectos de la operación militar en Libia.

El presidente Obama quiso finalizar su discurso explicando, dijo, lo que esta acción en Libia dice sobre el uso del poder militar y un más amplio liderazgo de Estados Unidos en el mundo bajo su Presidencia. Recordó que nunca dudará en utilizar la fuerza de forma rápida, decisiva y unilateralmente cuando sea necesario para defender a su pueblo, su patria y a los aliados y principales intereses de Estados Unidos.

Sin embargo, afirmó, habrá veces, en las que la seguridad de Estados Unidos no esté directamente amenazada, pero sí sus intereses y sus valores. En tales casos, estimó que no se debería tener miedo a actuar, pero que la carga de acción no debe ser sólo de América sino que la tarea de Estados Unidos es movilizar a la comunidad internacional para la acción colectiva. Y contradiciendo las afirmaciones de algunos, expuso que el liderazgo estadounidense no es simplemente una cuestión de actuar por su cuenta y soportar toda la carga. Afirmó que el liderazgo real crea las condiciones y coaliciones para que otros también actúen; para trabajar con los aliados y socios para que así asuman su parte de carga y paguen su parte de los costos y se demuestre que los principios de justicia y la dignidad humana son apoyados por todos. «Ese es el tipo de liderazgo que hemos mostrado en Libia», dijo.

Y dando por supuesto que incluso actuando como parte de una coalición, los riesgos de cualquier acción militar serán altos, dijo:

«Donde un pueblo luche para ser libre encontrará un amigo en Estados Unidos. En última instancia es esta confianza, estos ideales, la verdadera medida del liderazgo americano.»

Toda su disertación sobre el liderazgo me parece inspirada en cuanto en el año 1994 inició John W. Huey, en su artículo «The new post-heroic lea-

dership y continuó» <http://money.cnn.com/magazines/fortune>, Edward N. Luttwak, en sus artículos de 1995: «*Toward Post-Heroic Warfare*» y de 1996 «*A Post-Heroic Military Policy: The New Season of Bellicosity*», citados anteriormente.

Por fortuna, el presidente Obama no calificó al tipo de liderazgo precognizado como posheroico, ni a la operación como posheroica, pues aún cuando no utilizó la palabra héroe durante su discurso, sí rindió homenaje a los militares de Estados Unidos «que, una vez más, han actuado con valentía, profesionalismo y patriotismo», dijo.

Parece que tras el calificativo dado por Luttwak a un modelo de guerra con primacía de los fuegos operacionales, en la que se trata de obviar poner boots on the ground con la finalidad de evitar bajas, las palabras héroe o heroico están vetadas a los militares en campaña, no así para otros que cumplen con su obligación, algunas veces con riesgo de (o costándoles) la propia vida y otras no, como hizo el presidente Obama el 23 de febrero cuando calificó de heroico al trabajo realizado por el personal del servicio exterior al hacer todo lo posible para proteger a los ciudadanos estadounidenses evacuándolos del país.

Del título y del desarrollo del temario

Considero que no se puede hablar a los soldados de guerras posheroicas: todo soldado mandado a la guerra tiene el derecho y el deber de comportarse con valor y, en casos extremos, llegar al valor heroico.

Considero que se ha dado una patente exagerada al título que se dio a un propugnado estilo de liderazgo empresarial (liderazgo posheroico), utilizándolo para dar nombre a un tipo de guerra facilitada por la tecnología actual que ha permitido aumentar las distancias entre los bandos enfrentados, a la vez que ha producido una gran asimetría de los medios militares en las zonas de operaciones previsible, permitiendo evitar bajas en combate, modificando el modus operandi en los conflictos armados.

Considero que nuestra actual cultura reconoce el heroísmo como una muestra de valor altruista, a la vez que obvia la exaltación del heroísmo entre sus conciudadanos de uniforme que están dispuestos a derramar hasta la última gota de su sangre en el campo de batalla.

Considero, sin embargo, que en fases de estabilización de zonas, las distancias de posibles riesgos se han acortado tanto, que han llegado

al cuerpo a cuerpo insidioso, conduciendo a situaciones militares en las que el valor heroico es parte del bagaje de todo soldado.

Considero que ciertamente ha cambiado el paradigma militar al uso durante el siglo XX. El llamado «arte operacional» ha pasado a ser la piedra angular del arte militar. La táctica, de la que su principal actor era la fuerza terrestre y dentro de ella la Infantería que con sus capacidades de fuego, movimiento y choque, resolvía el conflicto mediante la ocupación de los objetivos clave, procura obviarse pues los gobiernos no soportan el desgaste que ello representa en las sociedades avanzadas.

Por todo ello y por cuanto he citado anteriormente, tras un intenso análisis y debate de grupo decidimos proponer un cambio de título a la Monografía en el que se obviara la yuxtaposición de las palabras «guerra» y «posheroica». Nos pareció más adecuado, y así lo propusimos y se aceptó, el de: «En una sociedad posheroica: la transformación del paradigma militar».

Nos propusimos analizar la evolución de distintas facetas de la época que discurre entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el primer año de la segunda década del siglo XXI, con la finalidad de llegar a conclusiones sobre cuáles son «los tiempos que corren» y cuáles los motivos que los conformaron, para así comprenderlos y poder establecer los actuales modelos de conflictos en los que puede ser necesaria la intervención militar y, consecuentemente, determinar cuál es el actual paradigma militar conveniente y cómo hacer para que sea comprendido tanto por militares y como por civiles, de forma que los primeros mantengan no sólo sus capacidades técnicas, sino también las elevadas cualidades morales necesarias para ser soldados y los segundos comprendan, apoyen y admiren a quienes están siempre prestos a ser salvaguarda de los valores e intereses de la sociedad de la que son parte.

Comenzaríamos el trabajo con el siguiente temario, distribuido entre los componentes del grupo de trabajo de acuerdo con sus campos de conocimiento y experiencia, que trabajarían con plena libertad intelectual, incluso para elegir título del mismo una vez concluido:

- Tema 1: «Evolución del paradigma sociopolítico internacional. Su influencia en la percepción de los conflictos», asignado a doña María Dolores Algora Weber, profesora en la Universidad CEU San Pablo.*
- Tema 2: «Evolución de la tipología del conflicto», asignado a don José Romero Serrano, coronel de Infantería DEM.*

- Tema 3: «La influencia de las organizaciones internacionales en la evolución del paradigma militar», asignado a doña Elena Gómez Castro, diplomática.
- Tema 4: «Evolución de la estrategia y la transformación de las Fuerzas Armadas», asignado a don Juan Antonio Moliner González, general de división del Ejército del Aire.
- Tema 5: «El paradigma militar parte de la cultura. La retaguardia y su relación con el soldado», asignado a don Javier Hernández-Pacheco, catedrático en la Universidad de Sevilla.

Mensualmente, nos reuniríamos para contrastar opiniones y debatir los pareceres de cada miembro del grupo sobre los trabajos de todos los demás. A principios de julio cada responsable de un tema debería remitir al resto de componentes del grupo de trabajo su aportación, para comenzar a elaborar borradores de conclusiones de grupo. Si debíamos cambiar el título general: así lo propondríamos.

Cada autor dio al capítulo de esta Monografía elaborada el título que figura y que se exponen a continuación.